

EMILIANO PÉREZ CRUZ

USTEDES NO SABEN, PERO YA VEN...

A mi padre y sus compañeros "alborotadores"

SIN LA AYUDA DE NADIE, desvalido, intentando reconocer uno a uno a sus agresores, con la luz del arbotante dando de lleno en el rostro maceado, Pedro siente temor. Sus anónimos enemigos, todos ennegrecidos por la ira antiquísima, por el odio inmesurable que llevan a cuestras trastornándoles los sentidos; todos contra él, diez o doce, quién sabe, pero todos solos, con la noche encima, él y ellos. Rabiosos, buscando el sitio adecuado donde golpear para causar el mayor daño posible. La sangre le mana insistente, escandalosa, desde la región parietal derecha.

—Qué train— gime fugazmente, pero de inmediato comprende que no lo escucha, y sabe también que no habrá respuesta. Se enconcha bocabajo mordiendo el polvo del suelo, sólo polvo y coraje y dolor. Gime cada vez que un puntapié retumba en su cráneo produciendo un hematoma, a veces una herida. Cubre su cabeza tratando de amortiguar la furia desatada sobre él: en las costillas, en las nalgas, puñetazos en los antebrazos, alguna pedrada en la espalda, y todo en silencio, ocasionalmente roto:

- Ordenes son órdenes.
- Ya te jodiste, culero.
- Pinche alborotador.
- Este's pa que sepas con quién te metes.
- Déjenmelo a mí, chale.

Las voces suenan cascadas, subterráneas, y los ojos, pares de ojos acuosos, mercuriales, bailotean en las cuencas enrojecidas. Diez o doce pares de ojos, piernas, brazos que encuentran su razón de ser en el cuerpo de Pedro. La lejanía cómplice. Perros ladrándole a la luna. Gallos despistados anun-

ciando un amanecer todavía lejano. El silencio, los golpes secos. Alguna imprecación.

Un tosco zapato se cuele hasta su mejilla izquierda, y Pedro mira el cielo estrellado, clarísimo. Hay luna llena y la noche es como las que anhela disfrutar en compañía de Elvira, sin las luces del alumbrado público para captar en todo su esplendor el espectáculo del cielo agujereado. No sopla la más leve corriente de aire; los escasos árboles existentes en el contorno son monstruosos testigos petrificados a la orilla de la calle: mudos espectadores de tanta ira escapando de tantos miembros desarticulados, hinchados, violáceos. Y Dios, ausente. Dos puñales a la expectativa. Lanzando iridiscencias que se entrecruzan con otras emitidas por el par de pistolas que lo amagan, extensiones del odio, de la irracionalidad.

Nuevamente intenta hablar, pero una piedra metamorfosea sus toscos labios en una flor roja entre cuyos pétalos asoman los dientes blanquísimos, trozados por el impacto. Al fin se siente libre, todo gira a su alrededor, las lámparas guñan ciclopeamente sus almas fluorescentes; los árboles danzan y la calle lo envuelve; sus músculos se aflojan. Tiene los párpados destrozados, todo el rostro, centro del ataque, como si sus agresores temieran reconocerse en él, frágil, solitario.

HORAS ANTES habías salido de la chamba, después de haber platicado con tus compañeros. Como delegado oficial de la empresa en que laboras, exististe una asamblea con el líder de la sección sindical a la que pertenecían. Con los otros choferes y macheteros citaste con carácter de "urgente" a la reunión porque la empresa amenazaba liquidarlos si no abandonaban sus exigencias: tú, como líder, o aceptabas y agachabas la cabeza, o te exponían al despido injustificado, con una ridícula indemnización; más fácil: podrán acusarte de robo. Exigencias, exigencias. Lo más molesto para la empresa, aunque fuesen nimiedades: uniforme de trabajo dos veces al año, tres días más de vacaciones, menos escamoteo en el pago de las horas extras, planta para los macheteros de los camiones y jubilación inmediata a quienes, por su antigüedad, la requerían.

Pero Chano, el líder del Sindicato, posponía la reunión argumentando otros compromisos que necesariamente, decía, iban a repercutir en el bienestar de los trabajadores afiliados: un almuerzo, tantas veces soñado, con el líder de la Central Obrera del país; pláticas con la patronal para mejorar las condiciones laborales. Las razones ocultas: iban a otorgarle la concesión exclusiva para que elaborara en su taller los uniformes de los trabajadores del ramo; le plantearía al líder máximo la necesidad de establecer mayor control en la elección de delegados, pues estaban colándose demasiados alborotadores; discutiría con el Consejo Administrativo del



negocio las cláusulas del contrato colectivo que los trabajadores habían elaborado.

Tú y tus compañeros amenazaron afiliarse a un sindicato independiente si sus voces no eran escuchadas, y Chano tuvo que posponer sus compromisos, presionado por infalibles padrinos miembros del Consejo Administrativo, que le echaban en cara la falta de control sobre los sindicalizados. Una huelga o cualquier otro tipo de movilización sacaría a flote la podredumbre existente, el estiércol que alimenta esta rama del comercio: empleo de menores, salario muy por debajo del autorizado, jornadas de doce horas, carencia de servicio de seguridad social, líderes corruptos, alteración de las declaraciones de impuestos para reducir la participación de utilidades y de paso evadir el fisco; fuertes cantidades utilizadas para lograr, jugosos contratos como proveedores de las empresas constructoras oficiales...

DOS MESES ATRAS, Pedro fue elegido delegado por sus compañeros ante el beneplácito de los patrones, quienes pensaban manipularlo como a tantos otros. Pero el tiro salió por la culata: él conocía perfectamente los movimientos de la empresa; tenía doce años laborando ahí, primero como machetero, luego como afanador, empleado de ventas, mandadero, mozo del contador, hasta que uno de los choferes le enseñó a conducir. ¿Organizó alguna campaña para que lo eligieran? No, sus compañeros querían alguien que hiciera lo que para ellos resultaba sumamente molesto: andar de asamblea en asamblea representando a gente que no se interesaba mínimamente por lo que allí se discutía. Cuando Pedro aceptó su cargo, los otros se sintieron aliviados. Qué bueno, eres soltero y

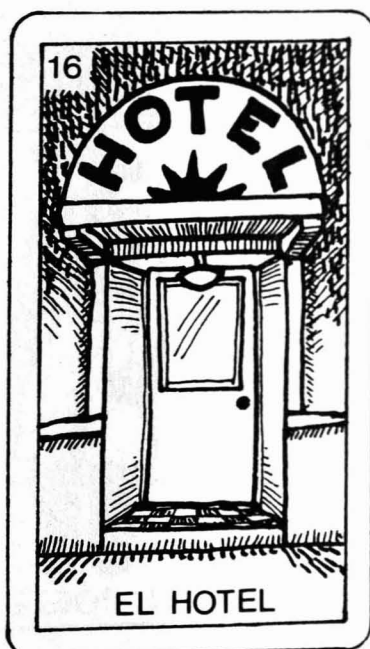
sin más obligación que la de comer y dormir, pensaban. Pero el recién investido vio la oportunidad de mejorar las condiciones laborales en que se encontraban él y sus compañeros, aprovechando su conocimiento de las maniobras de la empresa. "Ora sí, al desquite, a la revancha", decía.

"La ferretería más popular de México", como rezaba el slogan publicitario, se expandía: doce sucursales en el Distrito Federal y una en la capital de cada estado le daban una solidez económica envidiable; pero, al mismo tiempo, al personal le exigían más y más trabajo por el mismo salario. También comenzó alentarse la formación de una élite de empleados de confianza que hacía las veces de policía secreta: estorbaban la unión de los trabajadores urdiendo chismorreos y fraudes para despedir a los inconformes; vetaban un contacto permanente entre la gente de una y otra sucursal e incluso los hacían discrepar. La sección sindical de Obreros Metalúrgicos y Similares era sólo eso: un nombre, siglas, palabras, nada.

CUANDO EL MALESTAR de Pedro y sus compañeros se materializó en un pliego petitorio, el Consejo Administrativo se sobresaltó: ¡¿Cómo?! ¡Se ha colado un alborotador en nuestro centro de trabajo! Esto es inconcebible, qué hace Chano, por qué permite tales arbitrariedades. Hay que aislar al tipo, que ya no maneje, y si su trabajo es necesario, proporciónenle el viejo Ford 55 de redilas, el que a cada rato se descompone; ojalá se parta la madre, carajo con estos hijos de puta que siempre encuentran la oportunidad de introducir el germen de la desconfianza, el malestar entre la gente que sólo quiere trabajar; que el tipo no labore horas extras, dedíquelo al aseo, que pinte el zaguán y cuente los clavos que nos llegaron defectuosos; ofrézcale el cargo del chofer de confianza; manténgalo inactivo, ya se aburrirá, ojalá y renuncie por sí solo; cuidenle los bolsillos, no vaya a introducirse algo de valor en los bolsillos sin que se dé cuenta.

El asedio se llevó a cabo sin resultados positivos; Pedro aprovechaba el tiempo consultando leyes, creyendo en la palabra escrita, en los consejos de alguna gente que se fiaba de los procedimientos legales; discutía con sus compañeros, intercambiaba experiencias con ellos, sintiendo como gran demanda el haberse propuesto pedir una muda más de ropa de trabajo al año. Un machetero le dijo: "Y que los uniformes no lleven el sello de la empresa, mano, ya ves, parecemos ganado; vamos en la calle y dicen: mira, ése de Gómez Hermanos; aquel, de Metales Návalos; éste otro de La Mundial; el Chimuelo, de Los dos Leones. No mano si no somos reses pa que nos marquen".

Unos y otros contribuían a solidificar el pliego petitorio, su gran esfuerzo, el descubrimiento de que no era imposible ponerse de acuerdo para lograr un fin común. Alborozados, porque en los



cuarenta años que la empresa tenía funcionando, jamás se presentó un conflicto, es decir, siempre fue aplastado: los delegados eran fácilmente sobornables, al firmar el contrato aceptaban una bicoca y confirmaban las condiciones impuestas de antemano. Ahora era la oportunidad: queremos que hagan el aseo en los guáteres, que pongan un calentador en el baño, que no sobrecarguen los camiones y pongan dos macheteros en lugar de uno; que instalen equipo de seguridad. ¿Qué tal si solicitamos becas para que nuestros hijos estudien? ¡Un seguro de vida, sí, me cae! ¿Contrato colectivo para macheteros, choferes y empleados de confianza? ¡Los últimos no, son culeros!

El horizonte se ampliaba, pero seguían solos, aislados en buena parte de los trabajadores de las otras sucursales y de otras empresas similares. Solos en una sección del sindicato afiliado a la Central Obrera, pilar del partido en el poder, pilar de la clase gobernante corrupta, ansiosa de más y más riqueza, insaciable...

Las amenazas no se hicieron esperar: *Prohibido perder el tiempo en horas de trabajo*, decía un letrero en la bodega de la ferretería; otros más señalaban: "Un minuto de retraso a la hora de entrada = castigo de tres días", "No hay baño gratis". Suspendieron las horas extras, únicamente quedó el salario puro y simple; el uniforme se usaría, en lo sucesivo, sólo en el interior del centro de trabajo, no era para presumirse en la calle excepto los choferes; si sorprendemos a alguien distraído, lo despedimos.

No faltaron quienes se amedrentaron y comenzaron a flaquear:

- El pan nuestro de cada día.
- Siete hijos, ¿y si pierdo la chamba?

- Caray, estábamos mejor con las horas extras, ora no alcanza pa nada.

- Y mi esposa que se va a aliviar.

- Dicen que están reportando a los principales pa que no les den trabajo en otro lado.

- Calma— pedía Pedro —. Usted Cacarizo no meta el desorden y tú, Zorro, tienes brazos y eres joven, tienes chance pa comenenzar otra vez. Si vamos a seguir así...

- Pero Pedro — argumentó el Guapo—, tú porque no tienes una familia qué sostener, pues, pero pus yo.

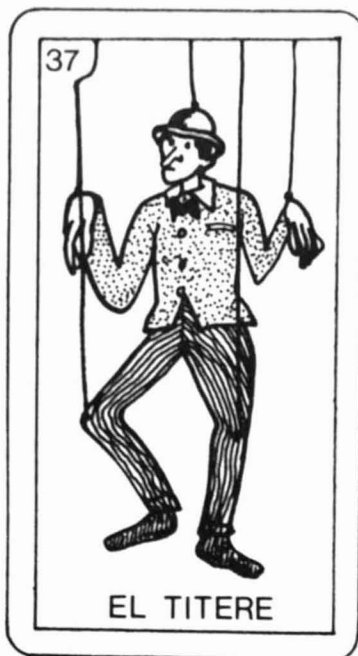
- Pus por eso, güey, si esto es pa que los atiendas como se debe y no pa que tu vieja siga partiendo más macheteros o macuarros o empleados de confianza; esquirols, dice un amigo mío que de esto está enterado— contestó Pedro, realmente convencido, sin el especial timbre de quien busca su salvación en los demás, de quien anhela únicamente adeptos.

- Fijate, Perico — gritó el Fierritos—, tú ya nos andas enredando con gente que ni siquiera chamea con nosotros. De ahí puede agarrarse la empresa pa correnos.

- Pus sí, el chiste no es quedarnos de a soledad— dijo el Pájaro—; si vamos a estar solos, nos quiebran en menos que canta un burro. Pero no nos ganan, verás, verás...

- Eso, eso— dijo Ayala, el más viejo de los macheteros—: Como es seguro que el sindicato ni nos va a pelar, vamos jalando pa otro, y si sale igual, a otro y a otro, qué chingaos o hacemos uno nosotros, eso, sí porque nosotros no vamos a dejarnos de nuez, ¿o sí?

- Cállese, don ruco, no se me eche a volar. ¿Pus qué piensa usted, que la empresa está cruzada





de brazos?— intervino el Cuervo, uno de los más jóvenes, mozo barrendero, burlón y cínico en sus diecisiete años.

—Pus no, pendejo, ni nosotros, y ponle más ganas al asunto o nos van a agarrar tragando moscas, demuestra que eres joven, con ganas de vivir como hombre, no como pinche camello, haciendo joroba, arrinconado ahí, en tu catre, haciéndola de perro guardián de la empresa. Ya es hora de ponerse al tiro, güey no que mejor don Félix, con sus setenta años encima, ya vez, haciéndola gacha, ya ves, pidiendo lana, ayudando a hacer volantes, no que tú... —dijo uno más.

—Pus él porque tiene sus chicas que lo apoyan. Con cada uno que se meten le sacan diez varos extras— bromeó el Fierritos.

ELVIRA, sigues esperando a Pedro. Voy a venir, te dijo, me esperas. Hoy es jueves, siempre llega, día de hacer el amor en este rincón que ambos han acondicionado, tres metros por tres bastan para quererse y menos para morirse, no hace falta más, el baúl en que guardan las mudas de ropa, las fotografías que se tomaron en la Torre Latinoamericana donde lo conociste y te habló; pinche paisano, dijiste, naco, qué, ¿se cree muy muy pa invitarnos un refresco?, a tí a tus amigas a tu hermana que te acompañaba, pero logró más su insistencia que los regalitos comprados en las ferias de pueblo a las que asistían regularmente, la seguridad que irradiaba al hablar, la madurez que afloraba a su rostro de campesino emigrado, con las huellas del hambre marcadas de por vida, y volviste a verlo después de ir a Chapultepec y qué pedo, a veces a Chalma a los Remedios, se metían al Cine Atlas para no ver la película y cenaban en algún café de

chinos, costillas asadas con ensalada de verduras y el inevitable café con leche y panqués para luego refugiarse en este tu cuarto, tú, sola sin padres y con la experiencia del amor perdido, sin hijos, criada en el barrio de Peralvillo y las casonas de Polanco donde trabajas lavando ropa de la gente buena y bonita y culpable de este país, en parte. Tu cuarto y su cama cubierta con sábanas elaboradas con costales de azúcar y colchas de retacería limpias, voy al guáter a hacer del uno, almohadas bordadas por tí durante los ratos de ocio ya vine la repisa en la esquina con la imagen de la Virgen del Carmen y dos veladoras y un florero con claveles que empiezan a envejecer *qué tal te fue en la chamba* cuarto de azotea de un viejo y céntrico edificio, lugar de comunión en donde Pedro te platica los incidentes del día *tengo hambre* mientras destapa las cervezas que compraron en el estancillo cercano a la Plaza de Loreto, extiendes el queso blanco dulzón y los chiles envinagrados *te amo más que ayer, pero menos que mañana* y las carnitas mientras él abre los bolillos con sus dedos toscos encallecidos por el trabajo y deposita en su interior abundantes raciones hasta lograr dos tortas monumentales que engullen *despacio eres un mentiroso eso le has de decir a todas* buscando prolongar la hora en que el silencio imperará, aunque la radio transmita la Hora de los Enamorados o cualquier otra cosa digna de no tomarse en cuenta *el viejito Félix está enfermo*, enciendes un cigarrillo, dos, que aspiran asomados a la calle, buscando con la mirada las ruinas aztecas, un borrachín que se abraza amoroso a cuanto poste se le pone enfrente, las putitas de La Santísima, escasea el ruido de los transnochadores, te toma por el talle, arroja su pitillo y tu igual aplastas el otro mientras él desata la enorme trenza y los listones caen al suelo, te desnuda poco a poco, algo rudo *sigue como hasta ahora, igual de buena y cariñosa*; toca, acaricia tus senos, les da forma dibujándolos y la falda, el fondo, toda tu ropa haciéndole compañía a los listones y él cubriéndote de besos, arrodillado ante ti *lépero, por qué dices eso* que le aprisionas la cabeza que pretende desaparecer entre tus piernas, volver a los orígenes; gime, lo obligas a ponerse de pie mientras desabotonas su camisa, bajas el cierre del pantalón para acariciarle el miembro erecto aprovechando que él desespera al no poder desatar el cinturón que ciñe su cintura; por fin abandona su falsa piel de dril y tocas su cuerpo aún fuerte, sudoroso, agresivo, barba rala y bigote de agricultor *me haces cosquillas, deberías rasurártelo* sin tierras, mentón amplio; se dirigen al lecho, trastabillantes, tratando de no romper el encanto *cómo crees, es lo que me da personalidad*; besa rudamente tus muslos, ensaliva tus senos y muerde el oscuro pezón mientras reconoce ampliamente tus caderas, todo, un rincón sin acariciar, el vello hirsuto de tu pubis; manipulas su miembro lenta, suavemente, eternizando cada instante en la memoria, en cada poro. Correspondes, se encabrita

tengo miedo de que pueda sucederte algo y lames su grueso miembro moreno sin que por tu mente cruce siquiera que mañana tienes que lavar las sábanas de la Señora Fernández, inexplicablemente amanecen manchadas, y eso que su marido trabaja fueras de la ciudad durante toda la semana; las batas del doctor Olachea, especialista en enfermedades venéreas y pacientes que ya han sanado, los almohadones y colchas de la Viuda de Olmos Riera, sucias cada vez que el jardinero no duerme en su rincón de la cochera. Te tiene, lo montas a conciencia, él lo sabe y acepta, los senos cuelgan ante su rostro, los oprime y te ayuda, ambos se gritan en silencio *qué puede sucederme, si ya te conozco*, juntos, no es cuestión de saber quién le hizo el favor a quién, el nosotros haciéndose uno y el final anuncia otro principio *no te vayas*. Dijo que iba a entrevistarse con los obreros del sindicato independiente al cual piensan afiliarse, después de la charla informal que sostuvo con los compas y la lluvia tenue, no la sientes, comienza a humedecer las calles que miras ansiando que Pedro aparezca, ya es tarde, qué se hará, por qué tarda, las manos en la mejilla sosteniendo la cabeza...

CHANO, EL SECRETARIO del sindicato, llegó buscando a Pedro, pero él se había marchado. El Zorro así se lo hizo saber.

— Si es pa lo de la reunión, no lo esperes.

— ¿Cuál reunión? No habrá nada— grito Chano, sobándose el puño derecho donde un rubí montado en oro lanzaba reflejos escarlata a los ojos del Zorro.

— Padre el anillito, ¿eh?— Le dijo a Chano mientras accionaba, el mecanismo de la báscula, pesan-

do la carga del carro 7, el del Guapo—. Es nuevo, ¿verdad? Ayer no lo traías, tú.

— No comiences a chingar la madre— dijo Chano, algo molesto por la observación, para enseguida agregar—: Cuando venga Perico dile que me busque en el local del Sindicato, porque la reunión se pospone hasta que aprobemos juntos los puntos a tratar, y ustedes ya no armen tanto lío, carajo, la cosa va en serio, la patronal no quiere conceder aumentos ni nada de lo que pidan. Y es que la cosa está cabrona— agregó como en secreto confidencial—, ustedes no saben, pero ya ven, la crisis metalúrgica, el avance de los rojos, la devaluación, los árabes... Hay que andarse con cuidado, les digo, en otras empresas están despidiendo bastante personal. Cuiden su trabajo, no sean tontos, cuánta gente no quisiera un puesto como el de ustedes... Bueno, nos vemos, y no se te olvide decirle eso al Piter.

— ¿Pa qué lo quieres? ¿Ya quieren embarrarle la mano también?... preguntó el viejo Félix desde la puerta de la bodega, acompañado por tres prostitutas de las que merodeaban por el estacionamiento de la ferretería que él tenía a su cargo; amorosamente las llamaba "mis niñas".

— Te ves muy repuesto— dijo el Guapo mientras abordaba su vehículo—. Se me hace que ya comes a tus horas, no que cuando te conocí...

— ¡Pendejo! ¡Que sientes, carajo! Bueno, mejor así nos vemos. Pendejos... Si viviera de las cuotas del sindicato...

No, pus si ya decíamos que no sólo de las cuotas— le grito el Guapo—. Me dijeron que acabas de bajar de las oficinas, y que te despidieron *de mano* y toda la cosa.





Chano ni siquiera volteó; ya iba atravesando el patio, brincando entre montones de varilla, rollos de alambón, tubería de cobre, placas de acero, aluminio, perfiles tubulares...

— Y QUE FUERAS A VERLO al sindicato— le dijeron cuando abrió el casillero para depositar su ropa de trabajo.

— Ya sé pa lo que's— respondió—, pero no voy ir.

— A todo dar— festejó don Félix, y agregó—: Mejor ve a ver a los del independiente; nos respaldan diez delegados de las sucursales de aquí y siete del interior.

— Ya es ganancia.

— Eso, vamos a mandarlos de una vez a la verga

— dijo Ayala, y los demás lo apoyaron.

— Ni pedo, ni pedo— aceptó el Tiritos.

— Primero al independiente y luego a la huelga; somos la mayoría en la matriz, aunque con los de confianza no contamos.

— No hay cuete, Perico, al independiente, no hay otra.

Pedro terminó de vestirse y salió. Desde el ventanal, los miembros del Consejo lo vieron perderse entre la gente que iba de compras a la Merced o se dirigía a su trabajo.

LO LEVANTAN entre cuatro; su cabeza golpea contra las baldosas de la acera, va dejando un rastro de sangre, sólo eso. Para mañana, los perros se la comerán. Lo arrojan al baldío y lo cubren con basura. Su pecho jala aire trabajosamente; aún le propinan algunos puntapiés más en las nalgas. Ya se retiran cuando uno de ellos dice: — El gordo del anillo me prometió dos mil más si quedaba fiambre.

— ¿Todavía más?— se burla otro. Succiona su pitillo y agrega—: Ni pa billetero va a servir.

— ¿Y si no se muere?— duda uno más, de mirada perdida entre los mundos ficticios que la droga le hace ver.

— Ni que fuera un gato con siete vidas de verdad— dice el que se oculta entre las sombras de un eucalipto, con un frasco de solvente que inhala ansioso. Lleva un descomunal picahielo en la diestra.

— Si quieres le hacemos lo que a la Rosita Alviarez: nomás tres tiritos— propone alguien.

— Me guardas las tres— indica un tuerto—. Chida la escuadra, ¿no? Y es reglamentaria, con dos cajas de parque.

— Pus mi 22 no se queda atrás.

— Yo con mi destripador tengo— fanfarronea el del solvente—: arriba y adelante, afuera, una vueltecita así, afuera, a izquierda y derecha, centro, arriba, y ni caca queda de este güey.

— ¿Quesque's comunista?

— Ah, cabrón, ¿y qué es eso?

— Sepa la madre.

— Pus a mí me vale queso su lo que sea. Ganamos dos pistolas, una lana y la motita, ¿qué más queremos?

— ¿Lo quebramos?

— Deunavez.

— Primero pásame las tres.

LA NOTA PERIODÍSTICA del día siguiente fue escueta en la información: hombre muerto por una pandilla de drogadictos en las afueras de la ciudad; lo identificó su amante. Nada más.

“HUBIERA VENIDO a verme”, pensaba Chano, arrellanado en el sillón, tras su escritorio. “Pensaba recomendarle que no le buscara mangas al chaleco, que no fuera al independiente; el barrio es muy peligroso, se topa uno con cada bandita que Dios guarde la hora. Bueno, descansa en paz y a otra cosa, mariposas”.

— Señorita, haga favor de venir un momento— llamó a su secretaria—. Anote usted: “El Sindicato de Obreros Metalúrgicos y Similares costeará los gastos” del pobre infeliz que le comentaba. Y por favor, comuníqueme a la ferretería en donde trabaja el tipo, por favor, ándele y no sea remilgosa.

“LA FERRETERIA más popular de México” se veía triste. Las banderas rojinegras fueron colocadas en cada una de las puertas y ventanas. Afuera, la gente miraba impasible la llegada de la policía. Al poco rato, los obreros fueron desalojados y el comité de huelga aprehendido en pleno. Los subieron violentamente a las patrullas. A don Félix no lo tomaron en cuenta, lo olvidaron, perdido entre sus niñas. El y el Cuervo se encargarían de hacer estallar las bombas colocadas estratégicamente en el local.